

mil hombres en la línea del Mincio para defenderla. Delante del río y en el pueblo de Borghetto se hallaba una vanguardia de cuatro mil infantes y dos mil caballos. El grueso del ejército estaba situado al otro lado del Mincio, en Valleggio; la reserva un poco más atrás, en Villafranca, y varios cuerpos sueltos defendían la corriente del Mincio por la parte superior é inferior de Valleggio. La ciudad veneciana de Pescara se halla en las márgenes del Mincio, á su salida del lago de Garda, y Beaulieu, que quería tener esta plaza para asegurar más la derecha de su línea, engañó á los venecianos so pretexto de obtener paso para cincuenta hombres, sorprendió la ciudad y colocó en ella una fuerte guarnición: esta plaza estaba circuida de un muro coronado con ochenta cañones.

Avanzando sobre esta línea, Bonaparte prescindió completamente de Mantua, que era su derecha y que no se debía bloquear aún, apoyándose sobre su izquierda hacia Pescara. Su proyecto se reducía á pasar el Mincio por Borghetto y Valleggio. Para conseguirlo, érale preciso engañar á Beaulieu respecto á sus intenciones. Lo mismo aquí que en el paso del Po dirigió un cuerpo sobre Pescara y otro hacia Lonato, de modo que inquietara á Beaulieu en el alto Mincio, haciéndole suponer que trataba de pasar á Pescara ó flanquear el lago de Garda; y al mismo tiempo dirigió su ataque más formal sobre Borghetto. Este pueblo, situado delante del Mincio, estaba defendido, como hemos dicho, por cuatro mil peones y dos mil jinetes. El 19 pradiel (28 de mayo) Bonaparte empeñó la acción: siempre le había costado mucho obligar á su caballería á entrar en acción, porque estaba poco acostumbrada á cargar, atendido á que en otro tiempo no se hacía gran uso de ella, y porque le intimidaba además la gran reputación de la caballería alemana. Bonaparte quería á toda costa que se batiese, por considerar de gran importancia los servicios que prestaría. Avanzando sobre Borghetto, distribuyó sus granaderos y carabineros á derecha é izquierda de su caballería, colocó la artillería detrás, y después de haberla encerrado así, la impelió contra el enemigo. Sostenida por todas partes, y arrastrada por el fogoso Murat, hizo prodigios, y puso en fuga á los escuadrones austriacos; mientras que la infantería, atacando en seguida el pueblo de Borghetto, apoderóse de él. Al retirarse los austriacos por el puente que conduce desde Borghetto á Valleggio, quisieron romperle, y consiguieron, en efecto, destruir un arco; pero algunos granaderos, conducidos por el general Gardanne, penetraron en las aguas del Mincio, vadeable en algunos sitios, y le franquearon con sus armas sobre las cabezas, arrojando el fuego de las alturas opuestas. Los austriacos creyeron reconocer la columna de Lodi, y retiráronse sin destruir el puente: el arco roto fué recompuerto, y el ejército pudo pasar. Bonaparte comenzó en el acto á remontar el Mincio con la división Augereau, á fin de dar caza á los austriacos; pero rehusaron el combate todo el día. Dejando entonces á la división Augereau continuar la persecución, volvió á Valleggio, donde se hallaba la de Massena, que se disponía á comer el rancho. De repente suena el toque de carga, y los húsares austriacos se precipitan en medio del burgo. Bonaparte, sin tiempo apenas para salvarse, monta á caballo y reconoce muy pronto que era uno de los

cuerpos enemigos que había quedado guardando la parte baja del Mincio y que remontaba el río para reunirse con Beaulieu en su retirada hacia las montañas. La división Massena corrió á las armas, precipitándose en seguimiento de esta división, que consiguió, no obstante, reunirse con Beaulieu.

Bonaparte había atravesado, pues, el Mincio y decidido por segunda vez la retirada de los imperiales, que se dirigían definitivamente al Tirol. Obtuvo una importante ventaja con sólo hacer que se batiese su caballería, que ya no temía á la de los austriacos, lo cual miraba con sumo interés. Antes de su tiempo se servían poco de la caballería; pero él juzgó que se podía sacar de esta arma un gran partido, utilizándola para proteger la artillería. Había calculado además que la artillería ligera y la caballería, empleadas oportunamente, producirían el efecto de una fuerza de infantería diez veces mayor. Estimaba ya mucho al joven Murat, que sabía obligar á sus escuadrones á batirse, mérito que consideraba entonces muy raro en los oficiales de este ejército. La sorpresa que puso en peligro su persona le inspiró otra resolución: la de formar un cuerpo de hombres elegidos bajo el nombre de guías que debían acompañarle siempre. Su seguridad personal era un objeto secundario á sus ojos, pero veía cuán ventajoso era tener disponible siempre un cuerpo de confianza capaz de las más atrevidas empresas; y así se le verá efectivamente decidir en un apuro la victoria, lanzando veinticinco de estos valientes. Dió el mando de ellos á un oficial de caballería, intrépido y sereno, muy conocido después con el nombre de Bessieres.

Había evacuado Beaulieu á Pescara para dirigirse al Tirol; mas habiéndose empeñado una acción con la retaguardia austriaca y el ejército francés, no pudo entrar en la ciudad hasta después de un reñido combate. Los venecianos, que no habían podido impedir el paso á Beaulieu, privaron á esta población del carácter de neutral, y los franceses quedaban autorizados para establecerse en ella. Bonaparte no ignoraba que los venecianos habían sido engañados por el general austriaco, pero resolvió servirse de este acontecimiento para lograr de ellos todo lo que deseaba. Quería ocupar la línea del Adige, y particularmente la importante ciudad de Verona que domina el río, y sobre todo lo que más deseaba era hacerse con víveres.

El proveedor Foscarelli, antiguo oligarca veneciano, muy obstinado en sus preocupaciones y rebotando de odio contra Francia, estaba encargado de pasar al cuartel general de Bonaparte. Le habían dicho que el general estaba sumamente irritado por lo que había pasado en Pescara, y la fama había hecho muy terrible su enojo: Binasco y Pavía probaban su severidad; dos ejércitos destruidos y la conquista de Italia manifestaban su poder.

Entró, pues, el proveedor en Pescara lleno de terror, habiendo escrito á su gobierno: «¡Quiera Dios recibirme en holocausto!» Su misión especial era impedir que los franceses entrasen en Verona, ciudad que por haber dado asilo al pretendiente se hallaba en la más terrible incertidumbre. El joven Bonaparte, que tenía momentos de terrible ira, y que también la fingía á veces, no omitió nada para aumentar el espanto del proveedor. Se manifestó irridadísimo contra el gobierno veneciano,

que pretendía ser neutral y no sabía hacer respetar su neutralidad, y que al dejar apoderarse de Pescara á los austriacos, había expuesto al ejército francés á perder multitud de valientes ante esta plaza. Dijo que la sangre de sus compañeros de armas pedía venganza, y venganza estrepitosa; el proveedor disculpó mucho á las autoridades venecianas, y habló en seguida del objeto esencial, que era Verona. Pretendió tener orden para prohibir la entrada á las dos potencias beligerantes, mas Bonaparte le respondió que ya no era tiempo, pues Massena se había dirigido á ella, y tal vez en aquel momento la habría entregado al fuego, para castigar á una ciudad que había tenido la insolencia de considerarse un momento como la capital del imperio francés. El proveedor suplicó de nuevo, y Bonaparte, fingiendo que se aplacaba un poco, respondió que lo más que podía hacer, si Massena no había entrado en ella á viva fuerza, era dar una suspensión de veinticuatro horas, pasado cuyo término, emplearía las bombas y las balas.

Retiróse el proveedor consternado, y volvió á Verona, anunciando que era preciso recibir á los franceses. Al aproximarse éstos, los habitantes más ricos, creyendo que no se les perdonaría la entrada del pretendiente en su ciudad, huyeron atropelladamente al Tirol, llevándose lo más precioso que tenían: pero no obstante, los veroneses se tranquilizaron al punto viendo á los franceses y conociendo por sí mismos que estos republicanos no eran tan bárbaros como la voz común los pintaba.

Otros dos enviados venecianos llegaron á Verona para hablar con Bonaparte, que fueron los dos senadores Erizzo y Bataglia. Este último se inclinaba á la alianza con Francia, y esperaban en Venecia que estos nuevos embajadores lograrían, mejor que Foscarelli, aplacar al general. Recibiólos, en efecto, mejor que á éste, y entonces, que ya había conseguido lo que deseaba, fingió estar más calmado y darse á razones. Lo que para lo sucesivo quería eran víveres, y si fuese posible la alianza de Venecia con la Francia, y como para lograrlo era preciso imponer y seducir á un tiempo, hizo ambas cosas. «La primera ley, les dijo, para los hombres es la vida. Quisiera ahorrar á la república de Venecia el cuidado de suministrarlos víveres; pero pues el destino de la guerra nos ha obligado á llegar aquí, nos vemos precisados á vivir donde residimos. Facilite la república de Venecia á mis soldados lo que necesitan, y cuente en seguida con la república francesa.»

Se acordó que un asentista judío proporcionaría al ejército cuanto necesitase y que Venecia pagaría en secreto á éste para no parecer que violaba la neutralidad sosteniendo á los franceses.

Bonaparte trató en seguida de la cuestión de alianza. «Acabo, dijo, de ocupar el Adige, habiéndolo hecho porque necesito una línea, porque ésta es la mejor y porque vuestro gobierno es incapaz de defenderla. Que arme cincuenta mil hombres y los coloque en el Adige, y le devuelvo sus plazas de Verona y Porto-Legnago. Por lo demás, añadió, debéis vernos aquí con el mayor placer, pues cuanto me manda hacer el gobierno de Francia es todo en obsequio de Venecia. Vengo á lanzar á los austriacos al otro lado de los Alpes, y tal vez á constituir en Estado independiente la Lombardia: ¿qué cosa más ventajosa puede hacerse en favor de vuestra

república? Si quisiera unirse con nosotros, acaso recibiría un gran premio por este servicio. Los franceses no hacemos la guerra á ningún gobierno; somos amigos de todos los que nos ayudan á contener en sus límites al Austria.»

Salieron ambos agentes venecianos sorprendidos del genio de este joven, que unas veces amenazador y cariñoso, otras imperioso y lisonjero, y hablando de todos los asuntos militares y políticos con tanta profundidad como elocuencia, anunciaba que tan precioso era en él el genio del hombre de Estado como el de guerrero; y así decían escribiendo á Venecia con fecha 5 de junio de 1796: «Este hombre tendrá algún día mucha influencia sobre su patria.»

Era por fin Bonaparte dueño de la línea del Adige que miraba como tan interesante. Atribuía todos los errores cometidos en las antiguas campañas de los franceses en Italia á la mala elección de la línea defensiva. Innumerables son éstas en la alta Italia, porque la recorren infinidad de ríos desde los Alpes hasta el mar. La mayor y más célebre, que es la del Po, y atraviesa la Lombardia, le parecía mala por ser demasiado extensa, pues ningún ejército, según él, podía guardar una extensión de cincuenta leguas. Un ardid puede facilitar siempre el paso de un gran río, pues él mismo había atravesado el Po á pocas leguas de Beaulieu, y los demás ríos, tales como el Tesino, el Adda y el Oglio, que desaguan en el Po, se confundían con él y tenían sus inconvenientes. El Mincio era vadeable, y además desaguaba también en el Po; sólo el Adige, que salía del Tirol é iba á desembocar en el mar, cruzaba toda la Italia; era profundo, y no tenía más que una corriente poco extensa desde las montañas al mar, hallándose defendido por dos plazas, Verona y Porto-Legnago, muy inmediatas entre sí, y que sin ser fuertes podían resistir al primer ataque. Finalmente, al salir de Porto-Legnago cruzaba el Adige impracticables lagunas que cubrían la parte inferior de su corriente. Los demás ríos, más internados en la alta Italia, como el Brenta, el Piave y el Tagliamento, eran vadeables, y además podían salvarse por el camino real del Tirol que cae á su espalda, al contrario del Adige, que tenía la ventaja de hallarse en la extremidad de este camino que recorre su propio valle.

Estas fueron las razones que inclinaron á Bonaparte en favor de aquella línea, habiendo probado la exactitud de su cálculo una inmortal campaña.

Ocupada ya aquella línea, era preciso pensar en el sitio de Mantua, cuya plaza, situada á orillas del Mincio, se hallaba á espaldas del Adige, cubierta por el mismo río. Considerábasela como el baluarte de Italia, pues asentada en medio de un lago formado por las aguas del Mincio, comunicaba con tierra firme por medio de cinco diques. Sin embargo, á pesar de su reputación, tenía esta plaza inconvenientes que disminuían su fuerza real. Envuelta entre vapores pantanosos, era muy malsana. Además de esto, tomadas las cabezas de las calzadas, se hallaba el sitiado encerrado en la plaza, pudiendo ser bloqueado por fuerzas muy inferiores á la guarnición. Bonaparte contaba con tomarla antes de que pudiese llegar en socorro de Italia un nuevo ejército, y el 15 pradiel (3 de junio) mandó atacar las cabezas de calzada, una de las cuales se hallaba formada

por el arrabal de San Jorge, y se apoderó de ellas, desde cuyo momento pudo bloquear Serrurier con ocho mil hombres á una guarnición compuesta de catorce mil, de los que diez mil estaban sobre las armas y cuatro mil en los hospitales.

Hizo Bonaparte empezar los trabajos del sitio, y poner en estado de defensa toda la línea del Adige, de modo que en menos de dos meses conquistó la Italia. Tratábase de guarnecerla, mas esto era lo que se dudaba pudiera hacerlo, y por esta prueba se iba á juzgar al joven general.

El Directorio acababa de responder á las observaciones de Bonaparte sobre el proyecto de dividir el ejército y marcharse de la península. Las razones del general eran muy exactas para no hallar acogida en Carnot, y sus servicios muy distinguidos para que su dimisión se aceptara. Apresuróse á escribirle el Directorio aprobando sus proyectos y confiándole el mando de todas las fuerzas que operaban en Italia, ratificándole la confianza del gobierno.

Si los magistrados de la república francesa hubieran tenido don de profecía, habrían hecho bien en aceptar la dimisión de este joven, aunque tuviese mucha razón en las opiniones que emitía, y aunque su retirada hubiera ocasionado á la república la pérdida de Italia y de un gran capitán. Pero entonces no se veía en él más que la juventud, el genio, la victoria, y se sentía el interés y consideraciones que todas estas cosas inspiraban.

Sólo imponía el Directorio á Bonaparte una condición, y era la de hacer comprender á Roma y Nápoles el poder de la república: todos los patriotas sinceros de Francia lo deseaban. A la verdad que bien merecía un castigo el papa que había lanzado un anatema y predicado una cruzada contra la Francia, dejando asesinar en su capital al embajador de este país.

Bonaparte, libre á la sazón para obrar como deseaba, quería obtener todos estos resultados sin dejar la línea del Adige, y mientras parte del ejército quedaba en su defensa y otra sitiaba á Mantua y el castillo de Milán, él con una sola división escalonada detrás del Po quería hacer temblar á toda la península y reducir al pontífice y á la reina de Nápoles á implorar la clemencia republicana.

Se anunciaba la venida de un grande ejército mandado del Rin para disputar la Italia á sus vencedores; pero este ejército que había de atravesar la Selva-Negra, el Voralberg y el Tirol, no podía llegar antes de un mes; así, Bonaparte tenía tiempo para dejarlo arreglado todo á retaguardia, sin alejarse mucho del Adige, y de modo que pudiese por una sencilla marcha retrógrada hallarse de cara al enemigo.

En efecto, ya era tiempo de que pensase en lo demás de Italia. La presencia del ejército francés en ella daba á las opiniones extraordinario impulso. Las provincias venecianas no podían sufrir ya el yugo aristocrático; la ciudad de Brescia manifestaba gran propensión á revolucionarse, y en toda la Lombardia, especialmente en Milán, hacía rápidos progresos la opinión pública. Los ducados de Módena y Reggio y las legaciones de Bolonia y Ferrara no hacían ya caso ni del viejo duque ni del papa. El partido contrario se mostraba en cambio cada día más hostil, pues la aristocracia genovesa estaba muy irritada y fraguaba siniestros planes en nuestra

retaguardia, teniendo por autor de todos ellos al ministro austriaco Gerola.

El Estado de Génova estaba lleno de pequeños señores feudales dependientes del imperio; y validos de esta autoridad los señores que los poseían, reunían los desertores, facinerosos y prisioneros austriacos que habían logrado fugarse y los soldados piamonteses que se habían licenciado, formando con ellos partidas de facciosos, conocidos con el nombre de *barbetos*. Infestaban el Apenino por donde entró el ejército francés, deteniendo los correos, sorprendían nuestros convoyes y degollaban los destacamentos franceses cuando no eran bastante crecidos para defenderse, esparciendo así el terror por el camino de Francia. Los ingleses se habían hecho dueños en Toscana del puerto de Liorna, gracias á la protección del gobernador, y trataban al comercio francés como enemigo. Roma, en fin, hacía preparativos hostiles, la Inglaterra le proporcionaba algunos miles de hombres, y Nápoles, agitado siempre por los caprichos de una reina violenta, anunciaba un armamento formidable. Dejando el débil rey por un momento el cuidado de la pesca, imploró públicamente el favor del cielo, deponiendo en una solemne ceremonia sus ornamentos reales y consagrándolos al pie de los altares. Todo el pueblo napolitano le aplaudió dando horrosos gritos, y multitud de miserables, que no eran capaces de manejar un fusil ni de mirar siquiera una bayoneta francesa, pedían armas y querían marchar contra nuestro ejército.

Aunque estos movimientos no debían inquietar mucho á Bonaparte mientras pudiese disponer de seis mil hombres, debía apresurarse á reprimirlos, antes que llegase el nuevo ejército austriaco, el cual exigiría la concurrencia de todas nuestras fuerzas en el Adige. Bonaparte empezaba á recibir algunos refuerzos del ejército de los Alpes, que le permitían emplear quince mil hombres en el bloqueo de Mantua y del castillo de Milán, veinte mil en la custodia del Adige, y llevar además una división al Po para verificar sus proyectos sobre el Mediodía de Italia.

Pasó inmediatamente á Milán para mandar abrir la trinchera alrededor del castillo y acelerar su rendición. Ordenó á Augereau, que se hallaba en el Mincio, muy cerca del Po, que pasase este río por Borgoforte y se encaminase á Bolonia, y prescribió á Vaubois que se dirigiese desde Tortona á Módena con cuatro ó cinco mil hombres que habían llegado de los Alpes. De este modo podía mandar ocho ó nueve mil hombres á las legaciones de Bolonia y Ferrara, y amenazar desde allí á toda la península.

Aguardó algunos días á que cesasen las inundaciones del bajo Po antes de poner en movimiento su columna; pero la corte de Nápoles, tan débil como violenta, había pasado del furor al abatimiento. Al saber nuestras últimas victorias en la alta Italia, hizo partir al príncipe de Belmonte-Pignatelli para que se sometiese al vencedor. Bonaparte le envió para la paz al Directorio, pero creyó deber conceder un armisticio. No le convenía internarse hasta Nápoles con algunos miles de hombres, sobre todo cuando esperaba la llegada de los austriacos; bastábale por entonces desarmar este poder, privar de su apoyo á Roma é indisponerla con la liga. No se podía imponer á aquel reino contribuciones, como se ha-

ría hecho con los demás pequeños príncipes á quienes se redujo, pero prometió abrir todos sus puertos á los franceses, retirar á Inglaterra cinco navíos y muchas fragatas que de ella tenía, y privar, finalmente, al ejército austriaco de los dos mil cuatrocientos jinetes que servían en sus filas. Este cuerpo de caballería debía permanecer secuestrado en poder de Bonaparte, que era dueño de hacerle prisionero en cuanto violase por primera vez el armisticio.

Bien sabía Bonaparte que semejantes condiciones no agradarían al gobierno; pero por entonces lo que le importaba era que hubiese paz á su espalda, y no exigía sino lo que creía estar á su alcance. Sometido el rey de Nápoles, no podía resistir el papa; la expedición por la derecha del Po se reducía entonces, según deseaba, á una correría de algunos días, y se volvió al Adige.

Firmó este armisticio y salió en seguida para pasar el Po y ponerse á la cabeza de las dos columnas que dirigía contra el Estado pontificio, la de Vaubois, que llegaba de los Alpes de refresco, y la de Augereau, que retrocedía desde el Mincio al Po. Juzgaba ser muy importante la situación de Génova, porque se hallaba situada en uno de los dos caminos que conducían á Francia y porque su senado había mostrado siempre energía. Conocía que hubiera convenido pedir la expulsión de veinte familias feudatarias del Austria y de Nápoles, para asegurar la dominación de la Francia; pero no tenía orden ninguna respecto á esto, y por otra parte temía la revolución; así es que se contentó con escribir una carta al senado en que pedía que se castigase de un modo ejemplar al gobernador de Novi, que había protegido á los facciosos, y que fuese expulsado de Génova, el ministro austriaco, y deseaba en seguida una explicación categórica.

«¿Podéis, decía, ó no podéis limpiar vuestro país de los asesinos que le infestan? Si no podéis tomar las medidas necesarias, yo las tomaré por vosotros mandando quemar las ciudades y pueblos en que se cometa un asesinato; quemaré las casas que den guarida á los asesinos y castigaré ejemplarmente á los magistrados que les consientan. Es preciso que la muerte de un francés sea funesta para distritos enteros, si éstos no la han impedido.»

Como comprendía las lentitudes diplomáticas, envió á su adecan Murat para portador de la carta y leerla él mismo en el senado.

«Es preciso, escribía al ministro Faypoult, pasar una nota que electricice á esos señores.»

Al mismo tiempo hizo salir á Lannes con mil doscientos hombres para ir á castigar á los feudatarios imperiales. El castillo de Agustín Spínola, que era el promovedor de la rebelión, fué quemado é implacablemente fusilados los *barbetos* apresados con las armas en la mano.

Sobresaltado el senado de Génova, depuso al gobernador de Novi, exoneró al ministro Gerola y prometió que sus mismas tropas guardarían los caminos, enviando á París á M. Vicente Espínola para tratar con el Directorio sobre todos los puntos en litigio, la indemnización por la fragata *Modesta*, la expulsión de las familias feudatarias y el llamamiento de las desterradas.

Bonaparte se dirigió en seguida á Módena, donde llegó el 1.º mesidor (19 de junio), mientras Augereau entraba en Bolonia el mismo día.

El entusiasmo de los habitantes de Módena fué extraordinario. Salieron á recibirle y le enviaron una diputación para felicitarle, dirigiéndole los principales de ella solicitudes y suplicándole que les librase del yugo de su duque, el cual había huído con sus tesoros á Venecia. Como la regencia que dejó el duque se había manifestado fiel á las condiciones del armisticio, y Bonaparte no tenía razón ninguna para usar de los derechos de la conquista en el ducado, no podía satisfacer á los de Módena; además de que era una cuestión que debía suspenderse en buena política. Se contentó con



Augereau

dar esperanzas, y aconsejó que tuviesen juicio, saliendo después para Bolonia.

Hallábase en el camino el fuerte de Urbino, que era la primera plaza perteneciente al papa. Intimidado que hubo la rendición, lo verificó el castillo que tenía sesenta cañones de grueso calibre y algunos centenares de hombres. Bonaparte dirigió estas piezas á Mantua, para que se empleasen en el sitio, y llegó á Bolonia después de la división de Augereau. Los habitantes no podían reprimir su alegría. Bolonia es una ciudad de cincuenta mil almas, magníficamente construída y famosa por sus artistas, sus sabios y su universidad. Reinaba en ella un afecto extraordinario hacia Francia y un profundo aborrecimiento á la Santa Sede. Aquí ya no temía Bonaparte dar rienda suelta á los sentimientos de libertad, porque se hallaba en las posesiones de un enemigo declarado, cual era el papa, y podía ejercer los derechos de conquista. Enviáronle sus diputados los dos legaciones de Ferrara y de Bolonia, á quienes concedió una independencia interina, prometiéndoles que se les reconocería cuando se hiciese la paz.

Hallábase alarmado el Vaticano, y envió inmediata-